

Esta puede ser una ventana que nos permita mirar más allá de los determinismos y prejuicios en torno a la idea de “otredad”, como una invitación a repensar la nación mexicana a partir de sus antecedentes mesoamericanos y chichimecas, en constante e incesante interrelación. El *Atlas* puede ayudar al lector en esta búsqueda y en este encuentro de miradas.

HUGO COTONIETO SANTELIZ
Centro INAH-San Luis Potosí

María Teresa Miaja de la Peña, *Si quieres que te lo diga, ábreme tu corazón. 1001 adivinanzas y 51 acertijos de pilón*. Ilustraciones de Elvira Gascón. México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2014; 341 pp.

La adivinanza, como otras manifestaciones de la cultura popular, ha sido considerada durante mucho tiempo literatura menor, si no directamente un entretenimiento infantil. No se ha beneficiado este género, en la medida en que lo han hecho otros del ámbito de lo tradicional, de la creciente atención que durante el siglo pasado los estudiosos dedicaron al acervo folclórico. Basta con echar un vistazo a la bibliografía. Pedro Cerrillo dedicó en el año 2000 un volumen a las *Adivinanzas populares españolas* (Universidad de Castilla-La Mancha) y es responsable, junto a la autora del libro que ahora reseñamos, de *Sobre zazaniles y quisicosas: estudio del género de la adivinanza*, que en 2011 vio la luz simultáneamente en México y España. Este estudio, previo a la publicación que nos ocupa y que aborda el género no sólo desde el punto de vista teórico, sino también de la confluencia de tradiciones, viene a formar parte de la introducción que hace la doctora Miaja a *Si quieres que te lo diga*, cuyo grueso es la antología de textos, en realidad una selección muy ajustada, pues el *corpus* que ha logrado recoger la autora, según confesión propia, alcanza casi los quince mil ejemplos.

Este libro es, pues, con sus 1001 adivinanzas (número de evocaciones maravillosas) un primer esbozo del adivinancero general de México y, en definitiva, de Hispanoamérica, ya que la autora tiene archivadas muestras del folclor de todos los países del continente. En paralelo con el *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, esperamos ver dentro de no mucho el *Adivinancero* en edición completa y crítica con aparato de variantes, al que esta selección sirve de preludio.

El estudio introductorio del volumen es un ejemplo de rigor, precisión y claridad a la hora de definir un género. Destaca, sobre todo, la capacidad de síntesis que tiene la autora, pues ha sabido sistematizar la riqueza inconmensurable de tan extenso acervo en estas líneas maestras muy bien trazadas, muy claras, pero sin perder nunca de vista el fondo de misterio, la relación con lo sacro (lo divino de la adivinanza) de la que surge el género en tiempos arcanos, cuando el ser humano tenía una relación más íntima con lo insondable.

Como también explica Teresa Miaja, de las múltiples posibilidades de clasificación (¿quién pone puertas al campo de la adivinanza?), todas complejas, todas con sus ventajas y sus inconvenientes, se ha optado por la clasificación temática, en mi opinión con acierto, pues con ello nos damos cuenta enseguida de que la adivinanza tiene que ver principalmente, como se acaba de decir, con lo esencial de la existencia, con la relación del hombre con el cosmos y lo maravilloso en sus manifestaciones más diversas y más cotidianas: la flora, la fauna, los alimentos, la familia, los utensilios... Las adivinanzas se revelan así como el pulso de una sociedad, el reflejo de sus preocupaciones, clarifican la relación del hombre con su entorno vital, lo que hunde sus raíces en la clave de la existencia. De lo que no hay adivinanza es que no interesa al hombre, o es un producto secundario.

A este respecto son de gran ayuda los índices finales, enormemente útiles para el lector. Ahí podemos comprobar, por ejemplo, que los objetos sobre los que más adivinanzas hay son el huevo, el ajo, la cebolla y la luna. A la luz de estas cuantificaciones la adivinanza se revela como una especie de nómina de prioridades humanas.

Llama la atención para un lector de la península ibérica la presencia de muchas adivinanzas idénticas a las que uno recuerda de niño, con muy pocas variantes, lo que demuestra la transferencia del folclor peninsular a América, como se dice en la introducción y como se recogía en el estudio *Sobre zazaniles y quisicosas*.

Otra de las cuestiones que quiero destacar y que quedan especialmente claras en este libro, aunque muchas veces ha pasado desapercibida, es el carácter lírico de las adivinanzas. Es verdad que la adivinanza tiene influencias de otros géneros y que a veces adopta un carácter híbrido, pero queda patente aquí que frente al acertijo (su pariente en prosa, del que se recoge una muestra al final del volumen) la adivinanza es, por su propia naturaleza, poesía, pero no sólo porque se manifieste en verso, sino porque su esencia es lírica, lo que nos hace plantearnos la relación inversa: si acaso todo poema tiene de alguna manera el carácter de la adivinanza, pues la gran lírica no deja de ser una pregunta, un enigma que se lanza al lector, cuya respuesta, claro, es imposible o se resuelve simplemente con un movimiento emotivo, una sacudida en el ánimo de quien lee.

En cuanto a la selección, Teresa Miaja ha tenido cuidado en escoger sus adivinanzas no sólo por su significatividad y curiosidad, sino también por su belleza lírica para dejar clara la filiación a que me acabo de referir. Fijémonos, por ejemplo, en la número 493:

El viento modela
pájaros de espuma,
que se vuelven lluvia
cuando se despluman.

O la 291:

Papirola de arcoíris,
bailarina de color,
que danzando por el aire
deja un beso en cada flor.

La hibridación y confluencia genérica con la lírica llega hasta el extremo de que algunas adivinanzas que aquí se recogen las conocemos y se transmiten como canción popular, como ocurre con “Cinco lobitos” (número 87).

Y ¿acaso no firmaría sor Juana Inés de la Cruz, la 507?:

Yo huyo de quien me sigue
y sigo a quien me huye,
aquel que me dio vida
muriendo me destruye.

Y es que el espíritu barroco, ese con el que se ha querido identificar gran parte de la producción literaria latinoamericana, no puede desligarse de lo enigmático, lo engañoso, la vuelta ingeniosa y paradójica. En este sentido, la afinidad con el espíritu de la adivinanza es también grande, pues este género, como se dice en la introducción, presenta el mundo por metáfora o alegoría, de manera equívoca; equívoco que lleva a veces al extremo de una posible doble respuesta en la que siempre pierde quien acierta y quien no acierta, o, mejor dicho, se puede acertar y fallar a la vez.

En definitiva, todo se resuelve en juego, lo que hace de este libro un libro para todos, y esa es su gran virtud. El estudioso encuentra aquí la selección de un corpus y unas indicaciones teóricas para introducirse o seguir los azares teóricos del género, pero el lector no académico o no especialista puede prescindir de la primera parte (aunque tampoco le va aburrir) y zambullirse de lleno (una zambullida lúdica) en el juego que propone el libro. Podemos considerar *Si quieres que te lo diga* como un libro-juego, cosa que se puede decir de pocos libros serios. Pero este sí, tiene la seriedad de lo gozoso y nos retrotrae a un tiempo nuestro ya perdido de la infancia.

Ayuda a ello la belleza de la edición con las ilustraciones y grabados de Elvira Gascón, que constituyen, a veces, pequeños guiños hacia la solución y que completan en lo visual un trabajo meticuloso y de gran valor intelectual, poético y afectivo.